

Capítulo 12: Monterey y Salinas

Iba a iniciar una etapa totalmente nueva en mi andar por la vida, una vida de andar por mis propios pies, libre de ataduras, y quería demostrar con todas mis ansias que sería capaz de confrontar los avatares con entereza y serenidad (eso ya de por sí me tenía más que medio pesaroso).

La verdad fue que, a partir de aquí —y sin metas fijas alcanzables— mi existencia y logros fueron como los del César, pero al revés: Llegué, vi, perdí. No siempre fue la caída inmediata; tuve periodos buenos, incluso afortunados; pero, la verdad sea dicha, mis próximos 10, 15 o 20 años fueron de un embollo, de una lobreguez espantosa. Esto lo digo mirando atrás, pues cuando uno lo está viviendo, de poco se da plena cuenta. Pero las caídas fueron gordas, sí.

Lo que me trajo a Monterey era un contrato larga y concienzudamente vetado por ellos de darme un puesto de profesor de español en su Presidio. Los Presidios, en California, son centros militares. En este caso lo conforma todo un monte de pequeñas y medianas estructura estilo barracones y otros edificios. El objetivo es el de reunir ahí a todos los mandos, altos, medianos, y los van a entrar en combate o simplemente “estar” en un país cuya lengua es otra que el inglés., Esto incluye, a no dudarlo, a miembros de la CIA y cuerpos afines, aunque todos mis alumnos lucían con sus galardonados uniformes

En aquellos momentos era el departamento de español el más grande, fenómeno que cambiaba con la situación mundial: cual los departamentos de ruso, coreano, y ahora sin duda árabe. Estábamos metido en plana guerra somocista, y yo tenía que enseñar a los que consideraba enemigos en mi conciencia.

Para colmo, aunque entré en grado GS7 del servicio de funcionariado, el máximo para un principiante, que conllevaba—supongo—una paga sustancial, nuestra calificación como civiles en el ejército no era el de profesor, sino “instructor”, igual que el sargento “instructor” de metralletas y tal. El ambiente entre los demás colegas era el de cierta rebeldía, pues querían que se les reconocieran sus avanzados méritos en el campo educativo, con lo que yo estuve plenamente de acuerdo, incitando junto a ellos a la huelga. Mi queja particular: Si enseñamos 3 clases al día, ¿qué diantres hacemos llevando un horario de 8 horas?

—Preparar—, me dijeron

Pero nada de esto duró en mi caso. A la segunda semana, en cuanto llegó el viernes, yo empecé a revivir lo que Steinbeck escribiera en esos mismos lugares que yo pisaba: las vigas del ferrocarril largamente abandonado que llevaba a Salinas, Donde la familia de al Este del Edén —padre y dos hijos— vivían, cuando el hijo ‘malo’ Caleb (Caín) iba en tren a ver a su madre prostituta en Pacific Grove, no lejos siguiendo la vía desde Monterey

Kirk W. Wangenstein

Lo que me sumergí yo fue en dos otras novelitas: *Monterey Bay* y *Sweet Thursday*. Empecé a vivirlo y a beberlo. Me metía en ese tugurio donde cantaban Country y Rhythm & Blues y bebía y bebía y veía a los danzantes y otros borrachos... ¡la gloria, la triste, Kerouaquiana, gloria!



El lunes llamé, que estaba enfermo. —No pasa nada hombre, nuevos parajes, echas de menos la

familia, comprendemos... y que te mejores. A los tres días me reincorporé. Pero ya al llegar el fin de semana me puse “enfermo” indefinidamente. No contestaba al teléfono. Me compraba mis botellas de brandy y me recostaba viendo un canal de pago, Showtime. Hasta ponerme enfermo, claro. Bajé un día la manzana hasta el *Delicatessen* o tienda para comprar mi botella y, al tener que pedir tabaco temí no poder hablar “*T-t-t-two p-p-packs of Camel*”. Pagué y subí la cuesta agarrando con ambos brazos la bolsa con la botella.

Al final les escribí incluyendo mi pegatina de coche para acceso a las instalaciones, y me disculpé mil veces diciendo que eso no era para mí.

Tras esto, mi vida se embrolló enormemente: llegaron mi hermana menor con su nuevo esposo, encantadores ambos, y nos encontramos con el difícil dilema de sobrevivir, pagando el alquiler y eso. Mientras ellos salieron en busca de trabajo yo me dediqué en serio y como última alternativa a mi otra habilidad de remuneración inmediata (a diferencia de la pintura, por ejemplo) y que era de enmarcador de cuadros, afición que aprendí con saña y regusto en Berkeley.

Mis vecinos de arriba, que me querían bien, pues siempre te encuentras en el mundo gente que quiere ayudar, me invitaban a espaguetis y hablábamos de cosas diversas; ellos eran de un versión cristiana llamada “*Science of Mind*”. Pero no hacían proselitismo ni nada de eso, por fortuna. Me pusieron en contacto con un enmarcador de cua-

dros de Carmel, ya mayor y con mucha experiencia que me tomó bajo su tutelaje por un par de meses y dióme confianza en poder desarrollar el oficio.

Puse por fin un anuncio en el periódico de ofrecerme a hacer enmarcados tan buenos como el mejor por \$5.00 la hora. Recibí 4 llamadas. Unos de desesperados como yo que querían formar su propio negocio, pero uno que fue la lotería.

Me pusieron de mánager de un establecimiento sito en un centro comercial no lejano. Era una maravilla... increíble. El dueño al poco ya casi ni aparecía por ahí de contento que estaba con mi labor. Naturalmente esta en seco y atendiendo reuniones diarias de A.A. Él se encargaba de intermediario con las distribuidoras para las cuatro piezas del marco a medida, renovación de los pliegos para *passee-par-toute*, y yo dirigía a tres jovencitas estudiantes a tiempo parcial y a una señora mayor muy buena con los clientes. Aprendí yo mismo a ser buenísimo como vendedor de mi producto, pues sabía que mejor no las había. Andaba yo al 100% de mi vitalidad. Mi ingresos eran fabulosos, más de \$2.000 al mes.

Nos trasladamos a un sitio más acomodaticio para tres personas. Pagaba yo el 50% del alquiler y traía chismes que aprendí que eran imprescindibles en el mundo moderno, como el microondas. Fueron estos unos 8 meses superlativos.

Pero sucedió lo inevitable. Llegó a la tienda

un señora de muy buen ver —por cierto, antiguas celebridades como Kim Novak eran clientes ocasionales— como dije, preciosa. Y ella captó mi mirada y fue como una cosa mutua. Traía una foto o gráfico de arte egipcio que quería enmarcar. Yo, que tenía una considerable colección de librotas de arte justo debajo del mostrador, que nada tenían que ver con los muchos posters de la tienda sino que eran míos, saqué uno con gráficos de arte egipcio en oro como tema predominante, y le dije que el suyo, junto con estos dos, (que le mostré), harían un conjunto enmarcado perfecto. Las impresiones se las regalo gustoso.

Estaba encantada; lo dejó todo en mis manos y cuando volvió creo que hasta se ruborizó, lo cual me ruborizó a mí. Nuestras miradas lo decían todo. Era yo muy tímido pero no sé ni cómo, la invité a cenar. Aceptó encantada.

Tenía ella un bungaló dando a la playa, chiquitín pero nuevo, de buena madera. Comencé a tomar vasitos de vino, con mucho cuidado, mientras cenábamos. Cuando acabamos en la cama —ella ya sabía que yo estaba casado con mi familia en Berkeley— yo no pude llegar. Eso le agradó aún más, supongo que por eso de mi matrimonio. Ya a la segunda sí y de ahí adelante tuve las mejores experiencias en este área particular de mi vida.

Pero yo vivía ahora 2 vidas, siempre pensando en cuándo estaría con ella. Al acabar acudía presto a su lado y nos lo pasábamos a lo grande en la arenosa playa haciendo esas escenas “a cámara

lenta” de enamorados, hasta abrazarnos y caer dando tumbos por la arena fresca.

Ya casi ni aparecía por la casa con mi hermana y su esposo; y lo peor fue que mi mujer andaba insistiendo con perentorio énfasis en que hacía mucho que no aparecía por Berkeley.

Por fin me decidí: tuve que hacerlo. Yo no podía vivir por más tiempo esta mentira. Cuando llegué, saludé y abracé a todos, y se lo confesé.

Tensión infinita. Ella al final me dijo:

—Siempre fuiste ti quien insistió en esto de la fidelidad total y todo ese rollo...— Quedé de piedra. En el fondo tenía razón, y no paré siquiera en pensar en potenciales ramificaciones. El caso es que, tras ella decir “dejemos eso atrás y no pasa nada” o algo al efecto, yo añadí que creía que no podría volver a Monterey y no verla.

— ¡Pues entonces se acabó!—

Me fui confuso, triste como quien ha perdido casi todo lo que le quedaba de esta vida. Sensación que me ha acompañado con harta frecuencia.

Pero ahora tenía carta blanca con la que llamaré la “italiana de Filadelfia” o “Dina”

Esta norteamericana con raíces italianas era un caso aparte de entusiasmo a flor piel. Me habló de su sueño de ver Ibiza, e Italia, su tierra materna. Le contesté que yo había pasado varias temporadas en Ibiza y que eso no sería ningún problema (llevarla ahí), que Italia ya veríamos pero que también

la conocía bien, lo cual era cierto, como París, etc., ella estaba boquiabierta, admirada, y otra cosa que le elevó el alma al cielo fue cuando le puse música barroca. El Canon, Mangas verdes, y en especial el Adagio de Albinoni, la transportaron a los espacios etéreos. No creía posible lo que le estaba yo ofreciendo. Creo que me puso en un pedestal.

Me enfrentaba a una verdadera dicotomía: tratar de recuperar mi familia, o seguir con mi nueva novia. No hice ni uno ni lo otro: tomé el camino del medio.

Me encaminé por la carretera a la preciosa villa de San Juan Bautista, en la torre de cuya Misión se grabó la famosa escena de Vértigo, de Hitchcock, y me puse a beber como un maldito condenado. Volví como pude a Monterey y me encerré en mi habitación con muchas botellas de vodka, saliendo a ratos a sentarme en el banco ante el estanque de patos cercano. Por fin fui enfermando y sufriendo los excesos, tenía botellas vacías debajo del colchón y por los rincones a mansalva, y pedí a mi cuñado que me llevara al hospital, que a la sazón era la del Condado, en Salinas, donde, hechos los mil trámites me dieron atención médica por un par de días, tras los cuales me vinieron a recoger de Sun Street Center, un centro para alcohólicos.

Aún estuve enfermo por 4 días más, paseando como un tigre enjaulado todo el pasillo del centro y durmiendo en el cuarto de recuperación. ¡Tanta cantidad había ingerido! Creo que al quinto día

empecé a comer algo.

Os ahorraré la detallada descripción y mis experiencias en dicho centro, realmente salvavidas el lugar, pues lo tengo por escrito *in extenso* en otra novela sin publicar, llamada *Lejos*, la cual necesita amplios retoques, y no sé si al final verá la luz. Trata de estos 18 meses intensos de mi existencia.

Lo que diré es que mi esposa me mandó los papeles pidiendo el divorcio, al que accedí y se realizó *in absentia* mía, pues yo iba a permanecer ocho meses en el centro, mientras que la italianita me vino a visitar asiduamente.

Sun Street Center es un complejo que no ayuda tan sólo a los de dentro sino también ofrece de continuo diversas prestaciones de ayuda a las masas desamparadas, del exterior, pues era fama que disfrutábamos de buenos e importantes patrocinadores del Condado. Existía la contrapartida femenina de esta institución en algún lado de centro de Salina. Lo poco que supe de ellas fue en las reuniones de A.A.

Así que nos mandaban mucha ropa, la cual mayormente llevábamos al salón-comedor cercano de los *Street people*. ¡Qué pandilla, qué escenas de inhumanidad se veían ahí a diario en la zona!



Dábamos las dos fiestas de Navidad y Domingo de Pascua, en que yo hice de Papá Noël y del Conejito de Pascuas (uff qué calorinas), ya repartiendo regalos ya con la búsqueda de huevos de colores, y esto, cómo no, alegraba las alma de los pequeños —mayormente negritos e hispanos— de la zona. Como yo era de los poquísimos que aún poseía una licencia de conducir, intachable por demás, extrañamente, me pusieron de conductor del microbús. Llevábamos las vituallas y vestimenta al centro junto a la Misión, yo siempre abría la puerta lateral para que se subieran los pocos que desearan ganar unos dólares trabajando en el hospital, luego me llegaba a la cárcel si había que recoger a los presos asignados a cumplir el resto de su condena en el centro de recuperación. En ver-

dad yo era el único, o casi, que había entrado por voluntad propia en el centro y no por delitos diversos y/o conducir 3 veces bajo la influencia. Era también el único con estudios superiores, y no pasó mucho tiempo en que me nombraran presidente de residentes. También impartía alguna de las clases como coordinador, pizarrón y todo. Incluso sustituí al médico —asimismo alcohólico— en sus clases de los viernes, pues empezó a faltar con frecuencia y yo ya me sabía de carrerilla su discurso. Ese doctor había ametrallado su casa una vez. No es que se haya recuperado nadie por miedo a las (gravísimas) consecuencias de la ingesta, o del tabaquismo, que yo sepa.

Me cobraron mucho respeto... ¡Ay si supieran! En el centro era el modelo ideal del hombre en recuperación

Un par de compañeros residentes me pidieron el coche para ir “a buscar trabajo”, se cargaron de cervezas y a rondar a la busca de chicas. Me hicieron añicos el Pontiac plateado. A la vuelta de la esquina vivían estos tipos estrafalarios típicos USA que siempre están arreglando coches, y me vendieron un Ford matador rojo. Carecía de todos los lujos como radio y eso, pero me salió bueno. Precio: \$100.

He visto que Sun Street Center se ha diversificado en estos últimos 35 años y veo ya 6 en el mapa de la zona. ¡Bien por ellos! Y que luego no digan que el trabajo bien hecho no da su fruto.

Otro quehacer maravilloso que hacíamos era ir con el microbús a otro hospital distinto, recoger la comida, cuidadosamente organizadas, para 22 o 23 pacientes pobres y ancianos y llevárselas a su casa. Otras organizaciones se encargarían de otros tantos desvalidos.



Guardo muy buenos recuerdos del lugar, al que más adelante me vi forzado a acudir de nuevo, como averiguarán más adelante. No os imagináis lo reconfortante que es el simple hecho de saber que no tienes necesariamente que acabar ‘totalmente solo’... que quedan sitios que te acogerán, como si tuvieras una segunda casa en caso de emergencia. Fue un alivio inmenso que me siguió de aquí en adelante.

Andaría el año 1988 y me enteré de que mi padre había muerto, que lo encontraron tras dos semanas de estar tirado, sin vida, en el suelo de su vivienda.

Mi chica y yo recogimos todo el dinero que pudimos entrambos—ella era viuda de un militar y cobraba un estipendio, aparte de lo que ingresaba de su trabajo. A mí me quedaba el dinero del seguro de desempleo, que había ahorrado casi íntegramente y un poco de una cuenta corriente. Además, hice una “venta pública” de mi pocos bienes: cuadros, microondas, y qué sé yo.

El plan era ir a España a visitar sus lugares soñados, para luego reunirnos en Lake Tahoe, un precioso paraje entre California y Nevada, arriba en las montañas, y buscaríamos ambos trabajo. Le pedí que mientras yo me adelantaba y cogía pasaje de ida y vuelta algo más prologando, ella mientras dejaría sus bienes en almacenaje, y subiera a alquilar una cabaña y hallar trabajo. Así, pues, se hizo.

Capítulo 13 del sol a la sombra

Yo ya había hecho varias idas a Granada y a Almería. Estoy convencido de que lo había hecho como dice Proust: A la búsqueda del pasado, tras el ‘tiempo si no perdido, al menos transcurrido’ Pero mi Granada ya no existía: busqué y busqué... ni mis amigos, ni mis lugares queridos, ¡nada! ¡Todo desaparecido! Yo me desconsolaba y buscaba cualquier método imaginable de tratar — fútilmente— de adaptarme a la realidad. Mas no pude; no pude en años. Amargos, desabridos, desalentadores años. Me escondí en El Quijote y en qué sé yo más.

Se dice que las fases del duelo, el dolor por la pérdida de algo querido, pasa por fases: 1º y tras del shock, sobreviene el rechazo (negarlo), 2º rabia, ¡y vaya que duele esta fase! 3º negociación... buscar un compromiso con los que ves y lo que querrías ver; o sea un acomodo acompañado por dolor, y finalmente 4º aceptación. Quisiera aquí lanzar mi último duelo: ¡Ay de mi Granada!

Mi rechazo a aceptar la realidad me duró al menos 5 años, pues seguí volviendo, sólo para cabrearme más y más, la “negociación” me resultó algo como menos extraño: la realidad que constituía mi entorno como una fase necesaria, pero supongo que fui acomodándome a esa desagradable realidad ¡qué remedio me quedaba! La plena aceptación no vino hasta que opté por la sobriedad.

Le dije a mi madre que pronto llegaría esta

italiana novia mía, y que si hubiese alguna pequeña cantidad que me tocara de herencia íbamos a hacer un viajecito. Me afirmó que sí me tocaban unos 120 mil pts. Eso sería de no poca ayuda.

Yo en mi primer tramo gasté algo de más, lo que no sentó nada bien a Dina, especialmente sabiendo en qué me lo había gastado.

Dina efectivamente estaba en España conmigo: yo tenía que hacer todo lo humanamente posible para que su estancia fuera lo más entrañable que posible, y me mortificaba pensar que por mi culpa ella se pudiera perder alguna parte de esta oportunidad única en su vida.

Dos días después, el 9 de mayo, era mi cumpleaños, que celebramos en familia y que fue una especie de bendito bautismo que borrara mis pecados anteriores. No bebía nada yo y teníamos mil cosas que ver.

Yo fui enseñando la ciudad poco a poco a mi compañera, explicando interminablemente todo lo que sabía y sentía respecto a los monumentos. Ella se quedaba transportada a otros mundos de fantasía. Nunca he tenido un oído mejor que el suyo en mis labores de cicerone. En ninguna parte del mundo, a ninguna edad. Tengo que admitir con algo como de vergüenza que ella realmente admiraba mi erudición, y que yo me ponía ancho como un elefante. En la Alhambra estuvimos tres mañanas seguidas enteras viendo mil momentos de la historia del edificio. Por la noche leíamos juntos

los Cuentos de la Alhambra, de Washington Irving, para volver a esos jardines y hundirnos nosotros mismos en los misterios de antaño. ¡Qué hermosa Dina, con sus rizados cabellos rojos al aire, su sonrisa de auténtica felicidad, su camiseta escotada --carne ya doradas del sol-- y vaqueros blancos. Dina encontraba un cerrado círculo de árboles, se metía dentro, tiraba de mí y, haciéndome cómplice, se ponía a bailar de la forma más erótica imaginable una exótica danza oriental. Y me abrazaba.

Pronto le dije que era hora de que fuera conociendo algo de Andalucía aparte de Granada, y que no sería mala idea comenzar por un chapuzón en el mar Mediterráneo. Le entusiasmó la idea.

Así que de primer bocado la llevé a un camping en una cala playera del Mediterráneo, llamado “la Garrofa”, con tienda de campaña. ¡Puro éxtasis fue aquello para Dina! ¡Qué mañanas! ¡Qué noches! Nos reuníamos un grupito internacional y acabábamos chamuyando todas las lenguas... y casi entendiéndonos, cosa de no poco asombro.

Luego fue Córdoba y Sevilla, donde disfruté de un espectáculo flamenco. ¡Qué gringa tan típica que era! por fin: a la gran empresa: Ibiza

Llegamos a Alicante para coger el ferry haciendo autostop, cual chiquillos, cargados de bártulos, pues era la auténtica manera de realmente viajar y conocer el país y a la gente.

Una vez allí fuimos directamente a Santa Eu-

Kirk W. Wangenstein

lalia, pues en Ibiza capital no había ningún camping. Tuvimos una suerte espectacular, encaramados sobre unas rocas desde la que se divisaba una infinitud de mar azul, y a nuestra derecha un camino descendiente a una amplia playa en que más de la mitad tomaba el sol o se lanzaban a la cálida agua semi-desnudos; ella se negaba a hacer eso... hasta que me dio la sorpresita, metida en el agua. Haciéndome correr raudo a zambullirme y atraparla. Yo al anochecer cocinaba acaso una paella (pues hasta una paellera llevaba yo metida en mi enorme macuto. Nos llegamos a San Antón y yo, canalla, la dejé en el camping, me fui al pueblo, y volví hecho una cuba. Se acabaron las alegrías ibicencas.



Con respecto al resto del viaje, os diré que sí que llegamos a Italia, aunque no pasamos de la Riviera italiana y todo fue de desastre en desastre. Recuerdo un detalle que me quedó grabado a la vuelta: mi hermano, en Playa de Aro, lo encontra-

mos “rezándole al retrete”; al parecer tenía sus correrías de beber sin parar como yo. Continuamos la pareja hasta tornar a Granada.

Así, José, el novio de mi madre, ella, y yo acompañamos a Dina al aeropuerto de Málaga para despedirla a los EE.UU. Lo que más le dolió a mi madre es que Dina tuviera que perderse su boda, que se celebraría el día 25 de agosto.

Ahora Dina tenía que emprender una nueva aventura, la de subir al norte de California, al lago Tahoe. Me miró fijamente. Nuevamente me decía: Te espero. Y te espero entero. Pero también sus ojos reflejaban los destellos del sol sobre las olas del Saler, de Es Caná, de Ventimiglia, y de Almería. Su cuerpo, pegado al mío, todavía traía a mi mente las flores de los jardines de la Alhambra, y temblándole tenuemente los labios me dijo "hasta pronto".

Me quedé solo, me quedé triste. ¡Qué vacía estaba Granada sin Dina!

Empecé una relectura del Quijote, en una hermosísima edición en dos volúmenes que me prestó José. En estos momentos no tenía ganas sino de que las aventuras las corriera el señor Quijano por mí, que mi horno no estaba en esos momentos para bollos. La despensa pecuniaria, por otro lado, restaba también vacía. Además, tenía que comportarme, qué caramba. Una de las primeras cosas que me puse a hacer fue escribir a Dina, una larga y desconsolada carta. ¿Pero a dónde la

iba a mandar?

Vino por fin el gran día: mi madre y José se casaban. Fue una magnífica ceremonia, y después una celebración de aúpa. Fuimos en un montón de coches a una afamada venta a la salida de Granada, camino de Huétor Vega, creo, que tenía un ruedo y donde se presentó al público asistente una elegante exhibición hípica: el más hermoso baile del caballo andaluz. Pobre Dina, lo que te estás perdiendo, no cesaba yo de repetirme. El champán y los buenos vinos finos y riojas no cesaban de correr, y ya un baile con participación masiva. La pareja feliz se fue a Grecia, de luna de miel. Me dejaron el frigorífico lleno, y muchos embutidos y rollos, y cinco mil pesetas. Solo en la casa, pues ya mi hermana se marchaba también.

Los cinco billetes se fueron antes de que cantara el gallo, no sin antes haberme hecho amigo de un austríaco que estaba en Granada estudiando castellano. Aprovechando que yo tenía una tarjeta de investigación para entrar gratis en la Alhambra con ayudante, so pretexto de estar haciendo trabajos para una nunca acabada tesis doctoral, a Dietrich, el austríaco, le vino muy bien tirarse una mañana o dos deambulando por ese recinto, con un par de cervezas cada uno bebidas en los jardines junto al quiosco, y pasarnos cuatro o cinco horas al día por ahí de bares, siempre, ya, pagando él. Un día pasé a preguntar por él a su residencia y me dijeron que no estaba disponible, y que no volvera.

Maldito sea, yo solo en Granada, ninguna amistad que me ayudara y ningún bar que me diera crédito. Si hay algo que me ha aterrado siempre en esta vida, lo peor, era precisamente esto. Sin dinero ni para tabaco, hecho polvo y ansiando beber más que nunca en mi vida. La soledad no hacía más que incrementar mi ansia de alcohol. El Quijote quedó arrumbado en el rincón. No estaba yo para lecturas.

Horas más tarde, paseando como un zombi por Granada, vi en un portal a un pedigüeño durmiendo sobre cartones. No sé a ciencia cierta por qué, si fue por lástima o por algún instinto de conservación, vi que estaba despierto todavía y le ofrecí mi casa. Diré más bien la casa de mi madre. Era lo único que tenía y ni siquiera era mío. Aceptó y llegamos hasta la calle Arabial, el pobre lleno de dudas de a dónde lo llevaba.

Me pasé una semana entre los mendigos. Había otro chico allí, de Alicante creo, que era muy tímido. Este chaval joven y yo nos pegamos al experto en pedir dinero a la gente, un tal "Toni", que era precisamente a quien yo había ofrecido la casa. Comprábamos una mezcla de tintorro y vino dulce. Por mí estupendo, significaba mayor graduación.

Mi potra se acabó de golpe. Me lo hizo ver claro, que yo no servía ni para pedir dinero, y que él no iba a "trabajar" para todo el mundo que se le arrimara al hombro. Total, que me echó. Yo me fui lo más dignamente que pude. Esas fueron las dos semanas más ignominiosas, de mi vida.

Metidos ya en septiembre, llegaron los casados y se procedió en seguida a la mudanza, la cual tenían planeado de antemano. Mi madre se alegró sobremanera de que estuviera yo totalmente dispuesto a ayudar con las mudanzas, ¡cómo no, con muchísimo gusto!

Otra fuente de alegría y de equilibrio para mí fue que un antiguo amigo mío de antaño había reabierto El Aljibe, que tenía horario vespertino, muy vespertino, y me servían cerveza gratis.

—Cerveza y vino, toda la que quieras, pero bebidas fuertes nanay. — Pero luego me dejaba tomar unos cubatas (2 de ron por 1 cola).

En recompensa por mis ayudas con la mudanza, y acaso para librarse de mí por un rato, Mi madre me dio 15 mil ptas. para que fuera a pasarlo a Almería, antes de mi partida a América.

Me apeé en la calle Granada y entré en el Ricaveral, y de ahí a la Ferroviaria, dos magníficos ejemplares de lo que yo tenía por bares baratos y perfectos.

A la mañana siguiente desperté bajo el puente de las Almadravillas o de las 'Maravillas', en la playa. Desperté justo a tiempo de que el quiosco de Pepe abriera, y pedí barrechas mientras la cafetera se calentara para los carajillos. Para las 6 de la tarde ya estaba plantado ante el quisco del gitano Antonio tirando a la Plaza de Toros, ahí seguro que vería a un viejo amigo —ya difunto, por culpa del alcohol, seguro— y ¡cuántos de aquellos que co-

nocí en mi juventud habrán ya sucumbido al alcohol o el tabaquismo y yacen enterrados!

Pasaron los días y mis huesos y todo el cuerpo ya me dolían horrores: cada mañana despertaba un poquito más enfermo. Antonio el gitano y mi amigo lo fueron notando.

—Oye muchacho, si no te cuidas un poco vas a acabar mal.

—Sí, ya me estoy dando cuenta.

—Un sábado, ante el mostrador del quiosco de Antonio, se lo dije:

—Me voy a buscar un hospital, esto no puede seguir.

Me llegué a trancas y barrancas al Hospital Clínico, junto al puerto “Este no es el hospital que te toca” dijeron, viendo mi cartilla. Te tienes que llegar hasta el Torrecárdenas, que está en la otra punta de Almería, cerca del cementerio, todo el camino cuesta arriba y a la solanera. Pues hala... qué remedio. Llegado allí, en Urgencias, me dicen que no tratan la drogadicción. Aviados vamos, pensé.

—Pues yo estoy muy mal necesito atención médica. Se sugirió el manicomio de San José.

—Lo que sea, pero llévenme, por favor.

Así que una ambulancia me llevó al susodicho centro psiquiátrico, dudosamente mecedor de este apelativo, y ya, ante el director:

—Nosotros no atendemos casos de drogode-

Kirk W. Wangenstein

pendencia y adicciones —pero se le notaban las ganas de ayudar en lo que pudiera— ¿No padece algún otro trastorno? ¿Depresión?

—Deprimido sí que estoy, y mucho.



Me encerraron en un cuarto pequeño con un ventanuco y una camilla de mala muerte en el centro, y me encerraron por dos días. Es posible que recibiera algún tranquilizante, no lo sé. ¡Peor que la cárcel!

Al tercer día me abrieron la puerta y autorizaron a dar unas vueltas por los pasillos. Aún no podía yo digerir nada.

¡Qué espanto lo que fui viendo! Hombres encadenados a la pared, mujeres hablando solas o con ataques de histeria sin venir a cuento... otras que nunca hablan, sólo hacían algún extraño gesto; hombres de mirada ya perdida, ya dislocados.

Poco a poco me fui acomodando, pedía ciga-

rrillos y empecé a comer, además de ingerir tres diferentes pastillas.

Había una pequeña biblioteca del que saqué un libro de poemas, un extracto de *Hojas de hierba*, de Walt Whitman, el cual poco a poco me fue transportando a mundos nuevos y extraños, libro con el que me sentaba entre las flores —en el jardín central era donde pasaba gran parte del tiempo— y les encontraba nuevos significados a éstos. Tenía además montes y mares y ciudades americanas en que recrear la imaginación.

Le escribí, inspirado por el poeta, una carta a Dina en que le decía que me encontraba muy bien y que la quería mucho, pues ya tenía la dirección; incluso traduje un poema de amor de Whitman al inglés, que se aplicaba de alguna manera a nuestra circunstancia de ausencias. Dije que escribía rodeado de árboles y flores, pero no mencioné los muros. Naturalmente no puse remite, le dije que donde me encontraba no me podía alcanzar el correo y que de todas formas pronto estaríamos uno en los brazos del otro de nuevo.

Hubo un certamen de dibujo y pintura al que me presenté y como no era de extrañar, me llevé el primer premio. Una enfermera me pidió que le hiciera un retrato—yo había hecho muchos en la Costa Brava y las Baleares— y a partir de ahí me hice el dueño del lugar, como quien dice. Todos querían su retrato; yo no cobraban nada sino la voluntad, si podían. Pronto estaba con mucho más dinero en el bolsillo del que entré.

Kirk W. Wangenstein

Pero decidí que era este sitio el perfecto para dejar pasar el tiempo hasta que se acercara la hora de volver a los Estados Unidos, y sin lugar a dudas el más seguro para mí. Después de todo, “pocos son los llamados”.

Finalmente pedí el alta del manicomio y, tras beber lo justo y necesario, retorné a Granada y de allí al Nuevo Mundo.

La última semana y media en la ciudad de la Alhambra fue apacible. Cogí mi Quijote y me fui cada día, con cien pesetas para un litro de cerveza, donación de mi madre, y leí como un condenado, sin parar, todo el día y buena parte de la noche.

* * * * *

En el aeropuerto, en cuanto pasé a la zona internacional, me compré, como tengo costumbre arraigada de hacer, una botella de brandy o cognac de calidad, para disfrutar del viaje a mis anchas. Llegué a San Francisco, entre dos luces, como dicen, o ‘ajumao’, y mi macuto, para colmo, me lo habían perdido, con \$200 que llevaba. Tomo el autocar Greyhound para Tahoe City, Lake Tahoe, en la cara norte del lago. Andaba por principios de octubre y estaba ya todo encapotado de nieve, de una belleza cautivadora, aunque hubiera llegado casi al anochecer.

¡Ay! En cuanto vio Dina cómo llegaba yo... ¡menudo berrinche!

Me subió a la cabaña y tras un rapapolvos de los gordos me metió en un cuarto desvalido de todo mueble, junto a la puerta de entrada, con una manta, y si te he visto no me acuerdo Esto de quedar abandonado en espacios cerrados parecía que iba convirtiéndose en mi destino.

Al amanecer me quedé allí, donde me habían puesto. No tenía más derechos que un perro, y como tal estaba siendo tratado. ¿Pero quién se mueve, eh? Otro par de horas y serán horas normales, horas cristianas.

Serían las siete de la mañana cuando no pude más. Busqué por toda la zona de la cocina y la sala algo de beber. Nada. En el cuarto de baño probé un poco de colonia... ¡uájjj! Me bebí el frasquito de esencia de vainilla. Tomé dos tragos de vinagre. Me moría. Salí temblando sigilosamente a pasear, a tomar aire fresco, a moverme. Mover los músculos, las piernas, la cabeza, ver mis alrededores, pensar, o mejor: no pensar. Para las ocho y media alguna vecina fisgona ya me estaba contemplando en mi enésima vuelta por la misma calle. Si al menos hubiera tenido unos dólares para bajar al pueblo y comprar algo que ingerir. Me estaba poniendo malo por instantes. Para las nueve ya estaba decididamente enfermo, sintiendo ganas de morir y acabar con todo este maldito sufrimiento, para mí y para Dina. Encogido como un guiñapo, casi cayendo de rodillas, desperté a Dina (si es que dormía, la pobre) a base de llamar al timbre y le dije que necesitaba un hospital. Hizo una serie de lla-

madas para ver qué se podía hacer y halló dónde llevarme. Fuimos en el coche a Trukee, yo recostado en el asiento de atrás, como pasara un año antes en el coche de mi cuñado, y ya en urgencias me pusieron un suero con los necesarios tranquilizantes. Dina tuvo que pagar mil dólares. A las dos horas y pico estábamos de vuelta en casa y discutiendo nuestro porvenir. Dina no quería vivir con un borracho. No podía aguantar más esta forma de vida.

—Bien, pues me voy a un programa en Reno (la urbe más próxima) y ya me buscaré la forma de sobrevivir. Cuando llegue mi macuto te pago los gastos de llevarme allí. Es verdad que tú no tienes por qué soportarme.

— ¿Pero tú tienes intención, sincera intención, de parar de una vez por todas de beber?

—Sí. Desde luego, y no sólo eso, sino también de buscarme un trabajo y compartir la casa, su alquiler, y si acaso, unirme a ti. Sé que puedo. Pero venga, llévame a Reno y dejémonos de discusiones, que no estoy yo para discusiones. Es lo que debes de hacer; lo mejor para mí, y lo mejor para ti.

No, tú no te vas a ningún lado. Siempre coges la actitud más cobarde ante los problemas. Tú nos has metido en este lío y tú vas cumplir tu parte. Tú te quedas. Me mandas aquí, sola, a buscar trabajo y un lugar para vivir por mi cuenta, sin ayuda... No sabes los follones que he tenido que pasar para que

por fin consiguiera esto, y tú tan tranquilo en España emborrachándote, hala, a tus anchas, mientras yo apencaba. ¡No amigo, tú no te vas hasta que me hayas resarcido mínimamente en lo que yo he pasado!

A la noche al cuarto de la manta. Pero ya me encontraba mejor. Y pensaba en ella, arriba. ¿Qué llevaría puesto? ¿En qué estará pensando? ¿Dónde irá a parar todo esto... tendrá solución? Mi enemiga no era mi enemiga, sólo quería lo mejor para mí, aunque me tuviera aquí en el suelo como un perro. Me dormí.

No sé qué hora sería un toque en el hombro me despertó. Dina, en su bata, me invitaba a que subiera a la cama. Pronto, con mil sentimientos mezclados, yo estaba abrazado a ella. Creo que estaba medio perdonado.

Dina me llevó de tiendas y me compró algunas ropas para resistir las temperaturas y para poder mudarme. Me sentía yo como el mendigo de las películas, o como Gary Cooper en el papel de Don Nadie, pero sin ser Gary Cooper. No sé si conocéis ese sentimiento, cuando uno no puede ni mantener la cabeza recta, que sólo puedes mirar al suelo. ¡Y que no te toquen, que te rompes, estallas en mil pedazos!

En Lake Tahoe no es fácil hacer que funcionen las cosas como uno desearía. Por ejemplo, no hay carteros: todo el mundo tiene su buzón en la misma oficina de correos. Para recuperar el bulto

Kirk W. Wangenstein

tuvimos que llamar a San Francisco, a South Lake Tahoe (a setenta kilómetros de donde estábamos) y yo qué sé adónde más. Pero aleluya, por fin nos dijeron que estaba el bulto en South Lake Tahoe, y que me presentara con mi documentación. Como mi cabeza ya estaba bastante despejada conduje el coche de Dina y allí estaba. Rápidamente busqué el libro donde puse mi dinero y estaba, todo intacto. Tenía ahora además más ropa que ponerme, aunque cuando tuviera trabajo sabía que tendría que comprar más, sobre todo unas buenas botas. Habían pasado seis días desde que descendí del autocar.



Tocaba buscar trabajo. Dio la casualidad que, dando una vuelta al fondo del camino que subía hasta el final, donde terminaba de golpe, me adentré por entre los árboles y di con una senda despejada, perpendicular a mí en descenso, que adiviné ser una ruta de esquí de campo a través o *cross*

country como lo llaman. ¡Horrible deporte! me dije. Atravesé la senda, y tras un rimero de árboles vi mi futuro: una pequeña ladera de esquí particular, con su ‘subida’ a base de asas de caucho para subir o bien con los esquíes o dando zancadas. Al otro lado, una zona vallada con plástico para que los niños se divierta en la nieve con sus trineos y tal.

Enfrente estaba el edificio principal alrededor del cual se esparcían cabañas para albergar huéspedes.

—Ahí voy a trabajar.



Ahí nos llegamos, pasé con colores; la entrevista para recepción con mis 4 lenguas y PhD —la única pega que me puso la directora de recepción es que “estaba sobre-cualificado y acabaría aburriéndome”— a lo que le tranquilicé asegurando

que no sería así. El lugar era un centro para conferencias y simposios internacionales. Su Nombre: Granlibakken.

Cuatro maravillosos meses transcurrieron en paz y armonía, y yo disfrutaba del trabajo más que a un tonto una pelota, además de los mucho que aprendí sobre bases de datos para hacer reserva. También me pusieron a cargo del minibús que yo conducía a Reno para recoger a los asistentes a las conferencias y devolverlos después. Bajaba a mi trabajo con mis botas ladeadas a largas zancadas POOM POOM POOM, cayendo rodando al que otro trecho. Luego me agarraba al ‘teleférico’ manual y arriba a casa.

En la cabaña era el encargado de partir con el hacha los troncos de madera de almendro, y de mantener viva la estufa, central, que tenía un tubo que ascendía al piso de arriba, el del dormitorio, y todos calentitos. Un problema era que alguien — mi menda— tenía que levantarse corriendo helado a reavivar las ascuas y rehacer la hoguera, para que después pudiéramos levantarnos sintiéndonos humanos.

Ella cocinaba pasta, que yo gozaba a matar. La manía más curiosa que le encontré era cuando yo preparaba la lechuga para la ensalada, pues disponía de un cacharro centrifugador al que se le daba dale y dale a la manivela hasta que toda partícula que pudiera quedar de agua en las hojas desaparecían. ¡Y ay de mí si no lo hacía a su gusto!

Nos visitaron mis hijos. ¡Qué alegría!

Eventualmente pasó los que tenía que pasar. Como yo cobraba cada 2 semanas, se suponía que debía contribuir mi porción del alquiler y lo demás. Pero desgraciado de mí Nevada estaba a tres pasos de ahí—que mi retorcida mente sin duda ya había incluido en los cálculos desde el principio, y como fue aficionado, al juego de azar, si no ya ludópata, caría tener un ‘método infalible’ con la ruleta, basado en principios físicos y gravitacionales. Estaba loco además por ver el refulgir de las luces y el exótico lujo de los casinos.

Al principio fui muy cauto, perdiendo (o incluso ganando) muy poco mis dos o tres visitas iniciales. Pero a todo marrano le llega su San Miguel, como dicen, y acabé perdiéndolo casi todo.

Confrontando la situación con Dina, me dijo que me largara hasta recobrar la sensatez o lo que fura que tuviera que recobrar—sobre todo en lo de beber, pues eso los servían a mansalva y gratis con el juego—a ocupar una de las estancias para empleados el centro de trabajo.

Me aceptaron cuando les dije que me hallaba enfermo, si bien mirándome de reojo. Al tercer día de una conferencia me cogió el dueño de la compañía con las manos en la masa: me estaba llenando una cerveza de la manija dispensadora. Sin excusas ya, le admití que padecía de alcoholismo, que me iría enseguida de ahí. Él me dio el cheque de despedida, que pedí me hicieran en efectivo

Kirk W. Wangenstein

ellos, y llegué a trechos en autostop, otros en auto-car a Salinas.

Curiosamente, este centro de recuperación, a diferencia de prácticamente todas las demás sólo te admitirá cuando pases por su portalón si estás intoxicado —al menos era así entonces— así pues me metí en el bar más cercano y procedí a cumplir mi obligación para aspirante al centro Sun Street. Otra vez se repitió la misma historia, pero a un ritmo más acelerado, pues ahora el énfasis en el centro es que los residentes encontráramos trabajo lo antes posible. Pero yo volví a repetir mi subida meteórica a presidente de residentes, a dar clases, y llevar la camioneta.



Comidas sobre ruedas

Un buen día hicimos una excursioncita de reunión A.A. y picnic a Big Sur, ¡bendita sea esa casualidad! Si le sumas los 18 km. A Monterey y añades unas 40 hacia el sur, yendo por la curvilínea carretera 1 al fondo del cual se ve el espumeante Pacífico. Por cierto aquí se han rodado

muchas de esas películas de conducción en situaciones harto precarias. Llegas a Big Sur, CA. Cuyo único punto de referencia para el despistado es el puntito en el mapa que determina la Oficina Postal (también tienda).

Se ofrecía una reunión mensual en un lugar llamado ‘The Grange’, que tenía una pequeña construcción de madera para días de lluvia y un lindísimo exterior, donde nos colocábamos en círculo y celebrábamos al reunión. Un poco abajo, descendiendo por la verde y florida pendiente, hallábase un rumoroso río. El Edén.

Indagué sobre el lugar y entorno y averigüé que había un Parque natural Estatal llamado *Pfeiffer Big Sur State Park*, dentro de cual se ubicaba un retiro turístico de verano —de todo el año más bien— pues el clima ahí es casi uniformemente fresco, con bruma matinal. Bueno, algo más fresco en el invierno. Pregunté por teléfono y di algunas referencias más algo de mi historial. El director y dueño, que llevaba a su vez recepción, me afirmó que decididamente sí tenían un puesto para mí. El único impedimento acaso fuera un dormitorio libre, a lo que contesté: ¡No se preocupe, con una manta me sabré buscar un lugar resguardado!

Me despedí de Sun Street, ya sin pertenencias apenas, y me llevaron a mi nuevo hogar. Finalmente resultó que sí iba a tener cama, justo en el mismo cuarto de otro congénere mío de Sun Street, el más veterano de todos.

El lugar, al hallarse dentro de un parque estatal, tenía que regirse por sus normas, las cuales dictaban los State Rangers. Éstas tenían que ver más con comportamiento, educación, conservación del medio ambiente, etc. Tenía un estacionamiento de vehículos frente al edificio, el cual consistía en: Una tiendecita, a la derecha la salida exterior de la cocina y almacén. A la vuelta del edificio alargado estaba recepción. Entre nuestras oficinas y el restaurante —bien grande y exquisito, por cierto— estaba la tienda de suvenires.

Lo prodigioso, sin embargo no era el edificio, sino las hectáreas alrededor, surcada por un riachuelo que pasaba a vera del restaurante.

Saliendo del edificio central, lo primero que uno podría preguntarse es ¿pero dónde se alojan los turistas? Sencillamente, subiendo una cuesta en ‘ese’ al que se accedía al complejo de cabañitas con su piscina en el centro. 52 en total, según creo recordar, ya fuera para parejas familiares, o individuales. Este curioso fenómeno de la invisibilidad de las haciendas se da en todo Big Sur, pues no puedes construir nada que pueda verse desde la carretera.

Volvamos al parque. Adentrándonos llegamos a una bifurcación con un macizo tronco cortado de secoya, boquete ennegrecido incluido ante nuestros ojos —eso se viene haciendo desde hace siglos para controlar la plagas de hormigas y otros invasores del árbol... prendiendo fuego en la brecha afectada—. Al a izquierda seguía una senda al

margen izquierdo del río, que estaba poblado mayormente de olmos, encinas y laureles. Por todo el parque se podía divisar algún que otro ciervo, si tenías suerte, pero lo más abundante en cuanto a fauna eran las ardilla de cola gris y el *Big Sur Stellar Jay*, en castellano llaman Chara Crestada, un pajarraco azul parecido a la abubilla y más descarado aún que las ardillas: es imposible ponerse a comer en un banco sin que estas dos criaturas te vengan a dar la lata. Sin olvidar los búhos u pájaros carpinteros. Al final de este camino se llega al ‘diamante’ de béisbol, al que en especial los hispanos, hijos de los trabajadores ilegales, gustan de venir a pasar las mañanas.

Pero es al otro lado, a la derecha donde nos aguarda la mayor sorpresa del mundo: atravesando el puente de madera sobre el riachuelo. Surcado de piedras blancas y grises llegas a la zona de acampado. Aquí has de escoger entre tres clases de zonas arborícolas: lo robledos y hayas cerca de la carretera, pendiente arriba y sin duda lo más aislado, Encinas, al fondo, lo más apto para chiquillos y familias pues disfrutas de la mejores instalaciones de lavabos y limpieza, y lo mejorcito: justo pegando al río, una enorme zona se secoya de la variedad ‘*sempervirens*’ las cuales pueden con facilidad sobrevivir los 4,000 años. Son más altas que sus parientes de las sierras interiores, la secoya ‘*gigantea*’, que es la que solemos ver en fotos con 40 personas abrazándolo o con un túnel y auto debajo.

Mis niños tuvieron de la fortuna de ver los

árboles grandotes en Mariposa Grave, montados en un trenecillo, acampar conmigo aquí en Big Sur, visitarnos en las nieves de Lake Tahoe... por gracia mi esposa primera no me guardó rencor, especialmente, cuando me deshice de la “italiana” y no deseaba por nada del mundo que los tenues lazos que me unía a mi progenie se quebraran. Ahora, gracias a Internet y a pesar de estar a miles de km. De distancia, los lazos son más fuertes que nunca, aunque bien es verdad que no son niños, mis adorados niños, ya.

Me dediqué a pintar. Tres o cuatro períodos he tenido en mi vida en llevar a cabo esta práctica: entro los 12-22 años (todos perdidos menos uno), mis retratos al lápiz 3B y 4B durante mi vida “hippy”, Mis años en Barcelona, en que me subía al Montjuich; Nuestra estancia en Berkeley (muy breve) y en especial durante los años que vivimos en el Albaicín. Recuerdo, pensando en las boscosas soledades del lugar, que me venían no pocos turistas a recepción y preguntaban ¿Qué se puede hacer aquí? Y yo para mis adentros me decía: Pero so chalao, ¿para qué has venido? Pero les daba con todos un recorrido oral de las potencialidades del sitio: trekking, fotografía, bajar al bravío y precioso océano... y disfrutar de las delicias de los restaurantes. Y si querían abrazar un árbol, pues adelante (eso no se lo decía; no estaba de moda como hoy en día).

Sumados a los tres meses de sobriedad dos más en este mi nuevo y precioso sitio, di en cono-

cer a una mujer, desde luego hermosa, de eso no cabe la menor duda, pero nos acercó en especial toda una larguísima serie de rasgos comunes de cultura, aficiones, gustos en cuanto a la lectura y el arte y una visión de la vida tan singular y parecida a la mía que me dejó patidifuso. Naturalmente no era alcohólica ni bipolar. Su nombre era y es Harley.

A los pocos días me mudé s su aposento, cosa que nadie había hecho desde que ella llegó. De hecho no recibía más visitas que las de su hija.

Pronto, como era de esperar, empecé a beber —como lo hiciera el otro del centro— tan canalla e insidioso es este mal Él acabó perdiendo el trabajo, que era de cuidar del mantenimiento de las viviendas.

Eventualmente a mí también me llegó, o casi llegó el turno: le dijeron a mi novia que si no era por ella y sus inmejorables servicios ya se habrían deshecho de mí.

Terminó nuestra vida en Big Sur y en los Estados Unidos con una boda por todo lo alto.

A España nos íbamos. Yo sería profesor de inglés. Acaso ella eventualmente querría hacerlo también.

Capítulo 14: Adiós país loco

Antes de lanzarnos al Nuevo Mundo ya tenía yo el miedo de que “este país nos destrozaría el matrimonio”. No tenía idea del cómo ni del cuándo; ni era una certeza. Pero sólo había que fijarse en las estadísticas. En USA un hombre y una mujer no funden dos medias naranjas, si usamos el dicho clásico, para formar una entera. Se casan quedando dos naranjas enteras, pues ellos son individualidades al 100%, ya bien convivan bajo un mismo techo y tengan o no tengan hijos y haya contrato o no y ya si son él y él o ella y ella poco importa. El hecho básico es que su matrimonio es un puro experimento.

En España no: perdura, o en mis tiempos era así, la noción de que uno se casa y guarda fidelidad hasta que la muerte los separe.

Obviamente, no es igual.

En efecto, nuestro matrimonio, iba (al menos yo lo quería creer así) bien, y con dos hijos que eran dos soles. Pero la vida es como es y por circunstancias muy complejas —siempre son muy complejas las circunstancias—cumplióse el vaticinio.

Pero con toda honestidad, por mucho que me duela, he de decir que mi separación del núcleo familiar fue para bien. Sobre todo para los niños, que no tuvieron que vivir bajo la égida de un alcohólico progresivamente más dañino, más peli-

groso a su futuro. Ella se liberó de promesas y contratos que parecía dispuesta y destinada a sufrir, por qué no lo sé, la pobre... ¿se sentiría endeudada de lo poco bueno que hice por ella? Y en fin, a mí mismo, pues no estaba, como dije, preparado para dejar de revolcarme por el estiércol.

Dije que el americano nace y se cría con la convicción de que es un individuo, o siguiendo a Descartes, una entidad “clara y distinta”, que nació así y morirá así. Tendrá todas las amistades y relaciones íntimas que quiera, pero eso no quita el hecho innegable, imperativo, de su individualidad.

Esto el español apenas puede vislumbrar el alcance de las implicaciones que conlleva. Porque el español crece ‘en familia’, en su comunidad, en sociedad. Le dice hola a la panadera y no se para a pensar que ella sea otra individualidad diferente.

Por tanto, el americano. Solo sin remedio, busca, anhela con toda su alma *pertenecer*. Es, por poner un ejemplo metafísico: Dios en toda su infinita potencia... ¿de qué le sirve? Puede pasar milenios auto-pensándose, mas ¿qué más le queda sino la absoluta soledad?

Y crea. Y después se sintió satisfecho.

Pero nuestro americanito no tiene omnipotencia por muchas pelis de superhéroes que se trague. Ha de buscar fuera aunque su dignidad se sienta afectada, pero en tal desespero ¿quién repara en tales menudencias?

Dada su total ignorancia en convivir, lo más

lógico es que acabe uniéndose a lo que menos le conviene, sea lo que sea: cultos religiosos en que se abandona de todo punto, drogas, pandillas de su origen étnico.

Éste es, no lo olviden, el que clama al mundo *AMERICA, LAND OF THE FREE!* Todos, todos, todos crecen creyéndolo a rajatabla. Ciegos ilusos. Dividen, además, el Mundo en 2: USA y el resto.

La imagen más clara del americano que se me viene a la cabeza es la de esos inocentones de Oakland, CA (junto a Berkeley) que se dejaron guiar por Jim Jones, quien se los llevó a Jonestown, Guyana, y les convenció, en 1978, el año de mi llegada a San Francisco, a cometer un suicidio en masa, muriendo 909 personas, 300 de ellos niños, más un congresista y 5 más en el aeródromo, asesinados.

Ése es el epítome que guardo de EEUU.

Estados Unidos es además un estado policial. Una cuarta parte (mínimo) de la población cuida de tener a buen recaudo a otro cuarto de la población. Un negocio redondo en que la mitad de la población o está asalariada o produce bienes a costos mínimos.

Otro aspecto de mi país de origen —menos mal que no me criaron ahí— es que los USA tienen, y viven *issues*: temas/causas que consideran de primer orden, en tanto que los españoles viven sus vidas. No os engaño; es la verdad. Pocos son los americanos (salvo una buena parte sana, gracias a dios, especialmente en los estados del nor-

te—e incluyo entre estos afortunados, claro está, a mis hijos, que son medio españoles y se han casado con extranjeros, lo cual me alegra no poco) que *viven la vida*. La inmensa mayoría no. Uno diría que están idos de la chaveta con sus obsesiones: Que si el sistema educativo, las conspiraciones, los platillos voladores y el área 51 —el 48% de los americanos creen en los ovnis—sirven de ejemplo. Rifles y armas de fuego. ¿Recuerdan a Charlton Heston de pie con su rifle clamando: *Over my dead, cold body!!!?* Sobre mi cuerpo frío y muerto... Luego viene, como la de Jim Jones, la tira de cultos. Los hay para la mente, el cuerpo, el espíritu, pero viene a ser más bien todo junto, en un revoltijo de aúpa; y se supone que si le compras el libro al charlatán te vendrán todas las gracias y bendiciones del mundo. Total, que prestan toda su atención *a lo que no es*.

Hace pensar que nos enfrentamos a un país loco, por no mencionar corrupto y mil cosas más en que yo no me meto ni quiero. Sólo decir que las Plutocracias me repatean. Les roban a la población hasta las ideas y la creatividad. O se la compran y la entierran bien hondo.

Pasemos al alcohol. Tras las amargas experiencias relatadas ya sólo me resta decir lo siguiente:

En los Estados Unidos de América, si te ven borracho por la calle, te llevan a la cárcel. A mí me pasó al menos 3 veces.

En España te llevan a Urgencias. Bendita seas, nueva patria mía.

Ahora voy a comparar lo que pasa con los alcohólicos en cada país. El fondo en que acaban todos es, en ambos caso, la alcantarilla. Pero se llega a ella por diferentes caminos, y he escogido como ilustración un ejemplo extraído de la geomorfología.

Examinemos primero el caso americano y compararé su tratamiento respecto a los adictos — y vice-versa. Ocurre como con la rocas ígneas o volcánicas, y más concretamente el granito. Son básicamente impermeables, formando una enorme masa. Pero mirado de cerca, debido a enormes presiones, desplazamientos laterales, incrustaciones como el cuarzo y la pegmatita, y sobre todo a la erosión acompañada de la química, se van formando largos túneles por donde penetra el agua hasta abajo, con multitud de resquebraduras laterales inclinadas; pequeñas, pero ahí están. De alguna forma ha de llegar el agua cuanto antes a su destino, que es abajo.

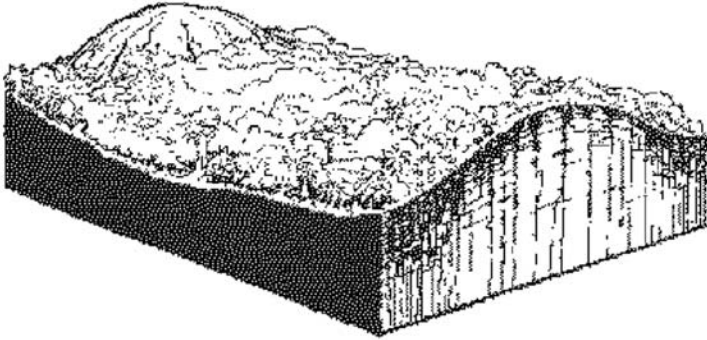
Lo cual me recuerda a esos pescadores de Adra que afirmaban: “el mar está más alto que nosotros” a lo que contesté que el agua siempre tira a lo hondo. Pero nada, señalaban y decían: ¿Es que no lo ves? Sube para arriba, no abajo.

Típico bar americano, de ventanas oscuras.



Dejo atrás este curioso inciso sobre perspectiva. Y paso a mostrar unos ejemplos de roca granítica:

Kirk W. Wangenstein



Yosemite, CA., ejemplo de granito.



En el primer caso se disciernen claramente las grietas que se han ido formando con el tiempo, permitiendo al agua descender. Si seguimos el símil, los ricos, en la cima, pueden hacer con sus borracheras prácticamente lo que les dé la gana, y disponen de amplia holgura y buenos abogados para cometer todo tipo de excesos sin que nadie ose meterse con ellos. Casi siempre. Recordad sin

embargo el dicho de cuanto más alto se sube, más dura es la caída. Y pasa no pocas veces que estos seres especiales acaban siendo arrastrados por el alcohol o cualquier otra droga rápida y sin piedad derecho al fondo. Con suerte se asirán temporalmente a las grietas laterales, buscando sus viejos amigos ¿qué fue de ellos? Acaso incluso rehagan una especie de vida nueva, dura, recordando los “grandes tiempos”. Pueden alcanzar un cierto grado de alegría sin alcohol. Pero serán los pocos.

En España, por el contrario, los alcohólicos como que habitan en roca calcárea, porosa ya de por sí, por lo que el agua de lluvia se cuele y forma todo tipo de cuevas, grutas... todo un tinglado interconectado de lugares donde se puede respirar y si quieres hasta vivir ‘ocultos’: en tus tugurios, garitos, tabernas... y aún reírse de los que sufren en la alcantarilla. Nosotros somos diferentes. Nos queda la honra y una medida de humanidad. Aquellos son basura.

Estupendo. Espero que lo disfrutéis mientras podáis. Hay un dicho en inglés que dice: “*I am sick and tired of being sick and tired.*” Mirado así, parece una tautología, algo repetido y evidente. Pero las connotaciones son otras: ‘Estoy harto y hastiado de estar enfermo y destrozado. Toma nota: ese día te llegará. No lo desaproveches, que te ahorrará muchos años penosos.

Kirk W. Wangenstein

Ejemplos de rocas calizas o calcáreas:



Una última nota con respecto a las enfermos alcohólicos en USA: Hay Ciudades donde hay boveries para *Street people*, que son la mayoría, y otras más ‘refinadas’ o selectas, especialmente las turísticas, en que les dan un pasaje de autocar y los mandan a cualquier otro lugar. Algo así como ese sheriff de un pueblo donde aparece Rambo. “Aquí no queremos indeseables”.

Sé que el alcohólico vagabundo afea el paisaje... ¿pero sinceramente, hasta qué punto es culpa suya?

Bueno América: Adiós te digo para siempre. Ojalá encuentres una mínima solución a la miríada de tus problemas.



Capítulo 15: Desquiciado

Dejar atrás, probablemente para siempre, el país donde nací, me descolocó no poco. No tuvo en absoluto que ver con cualquier resquemor a ese pasado, de haber alcanzado el *supremum* y el *infimum*, tantas experiencias alucinantes y salido vivo y coleando.

No éramos tan jóvenes y yo estaba convencido de haber agotado todas mis posibilidades allá. Era el punto sin retorno.

Surgió como de la bruma un Kirk diferente a todos a los anteriores y todos mis deseos buenos se tornaron en nefastos, como pretendiendo ahora resarcirme a mis anchas de lo sufrido allá.

Yo no quería dañar a mi nueva esposa Harley... se merecía todo lo que le pudiera dar y más. Pero el demonio que llevaba dentro me arrastraba una y otra vez a actuar con un egoísmo innombrable.

La dejaba en la pensión en Barcelona y me iba de correrías por mi cuenta por los antiguos andurriales de la Ciudad Condal. No es que a ella le faltara dinero ni libertad —me repetía hasta el hastío, justificándome— pero ella no es ni fue nunca persona de salir a disfrutar, a ver la vida por su cuenta... ni siquiera bajar a tomar un café o almorzar. Simplemente se quedaba en su cuarto llorando. De esto no me daba plena cuenta, pero se me iba haciendo obvio.

Luego fuimos a Playa de Aro, en la Costa Brava, cerca ya de Francia. Allí, como mi hermano y su novia de muchos años habitaban el minúsculo recinto encima de la tienda de suvenires, nos fuimos de acampada a la playa, frente al pueblo. Nadie pondría objeciones salvo la pobre esposa mía, a quien eso de ocupar una tienda de campaña no le gustaban lo más mínimo. Nuevamente me ‘adelanté’ a buscar a mi hermano. Los encontré finalmente echándoles dinero a las tragaperras. Pues por lo visto les chiflaba eso, por usar un eufemismo. Me puse a beber jarras de cerveza y al poco él se me apuntó. Mala cosa, decían los ojos de su novia.

Mientras tanto se puso a llover a cántaros y la esposa en la tienda, que se iba empapando: tantos raudales se colaban por la tienda como por sus ojos. Ni se movió la pobre ni fui yo—inconsciente de mí— a socorrerla, durante horas.

¿¡Cómo —me pregunto una y otra vez— pudo soportar tal maltrato y abandono de su nuevo esposo!?

Y ahora viene lo gordo, la experiencia más insondable, fantasiosa, de mi vida entera.

En Barcelona habíamos sacado visas turísticas para pasar a Francia, a visitar a una hermana de mi mujer, que vivía en una aldehuela—no me imaginaba siquiera si reducido tamaño—en el sur, en plena zona cántara o albigense. Llegamos a la amurallada

Carcasona, donde nos recogieron en su auto

Kirk W. Wangenstein

para seguir a Pech Luna



Estábamos pues, en nuevo territorio para mí, y no desagradable; su familia era de lo más acogedora y, lo más atractivo de todo: ¡Eran ambos pintores y de cierto renombre! Coincidimos en nuestros deseos de colaborar, aunque yo prefería centrarme en el aspecto de enmarcar y no pintar, pues en esa época ellos dos lo hacían trabajando así como por turnos en un mismo cuadro, en casi todas las ocasiones. Mi arte, por otro lado, no se parecía en nada al suyo, mucho más expresionista-abstracto, con énfasis en el color especialmente.

Salí a dar una vuelta a ‘reconocer’ el pueblo, y cuál sería mi susto cuando descubrí que ¡no tenía ni un bar!

Al segundo día decidí tomar medidas más serias, y tomé la carretera opuesta a la que habíamos

llegado, pues no recordaba haber visto población alguna cercana al venir. A los 8 Km. Di con un pueblo, también chico, pero éste sí tenía un bar, y me senté a gusto a degustar del vino francés.



Pech Luna

Al volver se me notaba a la legua, pero no pasó de ser un incidente. Se dio una gran fiesta al que sin duda todo el pueblo asistió, y el plato principal era *mallard* pechuga de pato, carne oscura y más rico que el mejor *fillet mignon*. El caso es que conocí allí a un matrimonio, puesto que mis cuñados comentaron que yo era retratista al lápiz, que querían que hiciera un retrato de su hijo, muerto en la Legión Extranjera.

Del dicho al hecho. Al día siguiente me presenté donde me indicaron (y dibujaron sobre papel por si las moscas) y me abrió su hija, una jovencita de muy ver. Ella me invitó a sentarme, me mostró el retrato en cuestión, y me invitó a algo, como es de buenas costumbres. Yo dije que un brandy o cognac el cual si hizo y de buenísima casta. Yo le

dije que, para pre-calentamiento, y como estaba más acostumbrado a retratar del natural que de una fotografía, que por qué no le dibujaba a ella primero y luego proseguiría con la tarea entre manos.

A esto que me rellenan la copa, pero en lugar de coñac, de *eau-de-vie* o ‘agua de vida’, algo como el orujo gallego, con la graduación más alta que puedes obtener por destilación y aún beber. Como yo sabía de Madrid, esas bebidas arden en la mano como la gasolina. Acabados (creo y espero) todos los requisitos artísticos seguimos charlando la cada vez más preciosa francesita y yo hasta que ya no recuerdo nada de lo que pasó. Según me fue relatado, sus padres me condujeron a la casa nuestra y me metieron dentro, donde procedí a caer de bruces. Llamaron al médico —también de otro pueblo— y este decretó que estaba yo en coma etílico. Yo sinceramente, con simplemente echarme a un camastro habría despertado al día siguiente, destrozado y con unas náuseas horrendas, pero vivo. Pero su solución fue la de llamar un helicóptero que me llevó a Toulouse. Al despertar y preguntar a la enfermera, en mi turbidez entendí que había comprado un helicóptero, lo cual me pareció harto extraño además de extravagantemente costoso. Todo quedó aclarado y no me sentía nada mal. De hecho me moría por escapar y recorrer las calles de la célebre ciudad. Fue pedir peras al olmo.

De regreso a casa de los parientes, estuvimos unas semanas más, yo sobrio, ayudando en todo lo que pude, hasta que dijeron que tenían que hacer

una viaje.

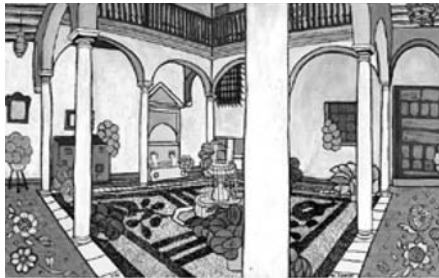
Bajamos a Granada. Tomando trenes.

Nuevamente ahí me porté como un cerdo queriendo tan solo emborracharme. Según dicen, mi madre hasta me escondía los zapatos en armarios cerrados, lo cual poco detrimento constituía para un desesperado como yo.

Al final, con la excusa de que no querían ya albergar ni a los hijos de José ni a los suyos, acabamos en una pensionzucha de mala muerte en San Juan de Dios; luego una señora, Ana, adorable ella, nos dio alojamiento en su antiguo hogar, donde albergaba otra pareja de huéspedes, era todo de mármol, estilo antiguo y cerca del centro —mal asunto para mí.

Ella también le dijo que a mí me habría echado a patadas si no fuera por ella, mi esposa.

Poco después, un primo suyo que arrendaba casuchas de mala muerte nos alquiló uno en la calle Cruellas, un lugar lleno de basura por calles y plazas. Su único aspecto que para mí —que no para mi mujer— los eximía hasta cierto punto, era su construcción en forma de patio morisco, con tres pisos alrededor



Kirk W. Wangenstein

Naturalmente le tenéis que quitar todos esos adornitos y añadirle 500 años y os haréis una idea. Además, los vecinos dejaban *mucho* que desear.

Comenzamos a tener alumnos y salir tirando para adelante. Eventualmente (esto sería por el año 1992 y hallé una academia de cierto prestigio que me contrató.

Al par de años me hicieron los papeles para conseguir la residencia con derecho al trabajo

¡Esto iba viento en popa! Medio año después me despidieron por borracho. Pero había estado ganando un buen dinerillo.

Otro evento que vino a salvarnos en nuestra desesperada situación de trabajador autónomo fue la defunción de la ya anciana madre de mi esposa, que le dejó algún dinero. Ella nunca mandó enviar dinero a España, pero con su tarjeta del Banco de América, pudimos hacer todas las compras y cubrir otros gastos necesarios. Lo demás saldría del trabajo.

Conocí una pareja de abogados que al llamarme como presunto profesor de idiomas, vieron potencial en mi humilde persona; tanto que se concretó la creación de un Instituto de enseñanza para lengua y ordenadores todo nuestro. Ellos permanecerían como socios ‘silenciosos’ supuestamente financiando la operación—cosa que no cumplieron en absoluto—mientras el hermano de uno será el secretario y un tío el profe de informática, la cual se enseñaba sobre la pizarra y sin ordenador al-

guno. Enseñaba MS Dos y algo de Basic, además de las posibilidades que ofrecería, con Windows 3, tal vez Linux, desarrollado a partir de UNIX.

Ella también contribuyó a que yo avanzara mis estudios, apuntándome a los 48 años a Filología inglesa, aunque a los tres años consideré que ya tenía bastante, y que no era poco. Claro que sólo subía el monte de la Cartuja para los exámenes, pero salí con una media de sobresaliente.

Estando en la academia cometí una gigantesca estupidez, y fue que, por no beber, me enganché en las máquinas tragaperras. Pero todo esto queda mejor explicado en el capítulo siguiente, a la que llamaré La Crisis (1).

Lo único que queda aquí por explicar es que, en cuanto pudimos, nos escabullimos de esa casa de Cruellas para subir a vivir al Albaicín. Vi a un tal Manuel, que antaño había regentado años atrás la casa Manuel, un bar en el cruce de la Cuesta de Marañas con la calle de los tés. Y me puso en contacto con un hombre que alquilaba una casa en la Cruz de Quirós. Aún disfrutábamos de la edad de fuerzas necesarias para subir y bajar esas cuestas tan empinadas.

Mi mujer encontró esto algo mejor, y ¡con 2 plantas! Que la anterior lobreguez mísera, pero eso de vivir subiendo y bajando todos los días mal le iba.

